



MIRAR A ÁFRICA, REDESCUBRIR EUROPA

Alexis Bueno Guinamard

Introducción

1. Mirar a África
2. Redescubrir Europa
3. Pistas de actuación

Este Cuaderno es fruto de la reflexión conjunta del Seminario sobre el África Subsahariana realizado en "Cristianisme i Justícia" durante los cursos 97-98, 98-99 y 99-00.

Participantes:

Rafael Abós; Víctor Bertran; Alexis Bueno; Laia Carreras; Regina Casado; Joan Casòliva; M^a Carmen Comeche; Lluís Coromines; Aliou Diao; Magdalena Fontanals; Agustí Goytisolo; Marià Guim; Inongo Vi-Makomé; Josep M^a Pujol; Anna Quintana; Lluís Recolons; Santi Ribas; Quim Pons; Remei Sipi.

"Los cadáveres de Yaguine Koita, 14 años, y Fodé Tourkana, 15 años, encontrados el pasado lunes en el tren de aterrizaje de un avión de la compañía Sabena procedente de Guinea Conakry en el aeropuerto de Bruselas, llevaban encima una carta abierta a las autoridades europeas. La carta, convertida en un dramático testamento, estaba fechada el 29 de julio. Esto es un extracto:

"Excelencias, señores miembros y responsables de Europa:

Tenemos el honorable placer y la gran confianza de escribirles esta carta para hablarles del objetivo de nuestro viaje y nuestro sufrimiento, el de los niños y jóvenes de África.

Les suplicamos por el amor de su bello continente, su sentimiento hacia su pueblo, su familia, y sobre todo de afinidad y amor de sus hijos, a quienes ustedes aman como la vida. Además, por el amor y la timidez de nuestro Creador "Dios", el Todopoderoso, que les ha dado todas las buenas experiencias, riquezas y poderes, les pedimos construir y organizar bien nuestro continente.

Señores miembros y responsables de Europa, pedimos auxilio en África por su solidaridad y gentileza. Ayúdenos, sufrimos enormemente en África, ayúdenos, tenemos problemas y algunas carencias en derechos del niño.

Entre los problemas tenemos: la guerra, la enfermedad, la alimentación, etc. Respecto a los derechos del niño, en África, sobre todo en Guinea, tenemos escuelas, pero hay una gran carencia de enseñanza; salvo en las escuelas privadas, donde se puede tener una buena educación y una buena enseñanza, pero hace falta una gran cantidad de dinero y nosotros, nuestros padres son pobres.

Así pues, si ven que nos sacrificamos y exponemos la vida es porque sufrimos demasiado en África y les necesitamos para luchar contra la pobreza y acabar con la guerra" ("La Vanguardia", 6 de agosto 1999).

Un proverbio africano dice: "No juzgues a tu hermano señalándole con un dedo, porque si un dedo le señala a él, en tu misma mano verás que tres dedos te señalan a ti, y un dedo señala al cielo poniendo a Dios por testigo de tu hipocresía".

INTRODUCCIÓN

El reto más urgente de la humanidad actual se llama África. Las dificultades de sus gentes para sobrevivir y llevar una vida digna son allí más grandes y complejas que en ninguna otra región del planeta. Prácticamente todos los problemas más graves del planeta están presentes en África, y normalmente de manera reconcentrada: la pobreza, el hambre, la guerra, la violencia étnica, el SIDA, la corrupción política, el analfabetismo, la desertización, los residuos industriales y nucleares (del primer mundo)...

Si nuestras sociedades ricas dan la espalda a África en estos momentos, es que algo se pudre en nuestro querido mundo occidental. Ciertamente, en los problemas actuales de África, una parte de la responsabilidad recae en los propios africanos (sobre todo en sus dirigentes). Pero una parte recae también los europeos.

Últimamente están llegando a nuestras tierras muchos africanos, magrebíes y más recientemente también un número importante de sub-saharianos: éstos últimos serán los protagonistas en nuestro escrito. Su llegada aquí y su situación nos ponen el reto mucho más cerca. Se necesita superar la desconfianza, las medidas policiales, los prejuicios y las soluciones fáciles. Para entender por qué decenas de miles de jóvenes están abandonando sus tierras no bastan cuatro tópicos.

Buscando comprender este problema tan complejo, un grupo formado por catalanes y africanos residentes en Cataluña hemos estado dialogando durante tres años, en el marco de un Seminario de Cristianisme i Justícia. Hemos mirado primero hacia África, porque nos movía un interés común por este continente. Pero, poco a poco, nos hemos ido dando cuenta que debíamos mirar hacia Europa. África está enferma de pobreza, dependencia, corrupción y otros males, pero Europa también está enferma: de miseria humana, de complejo de superioridad, de individualismo, de estrés... Uno de los participantes del Seminario, Inongo-vi-Makomé, camerunés, habla en su último libro¹ de la "doble cárcel": la del hombre negro y la del hombre blanco. Hay que conocer de qué están hechos los muros de ambas cárceles para poder derribarlos.

Si el verdadero problema consiste en aprender a construir un mundo auténticamente humano, las heridas están en ambos lados, y necesitamos de todos los recursos y todos los valores, tanto europeos como africanos. También el famoso reto de la integración de los extranjeros en nuestra sociedad necesita de una doble mirada: hacia el colectivo que llega, y hacia la comunidad que recibe.

En el seminario, además de la valoración positiva de las riquezas africanas, surgían las preguntas y preocupaciones más típicas del ciudadano de a pie: ¿Qué pasa con África? ¿Por qué hay tanta pobreza, tanta guerra y tanto SIDA? ¿Es que la ayuda que se envía no sirve de nada? ¿Por qué están llegando tantos africanos aquí? ¿No encuentran ningún futuro allá? ¿No serán un problema demasiado grande para nuestra sociedad? Pero la reflexión con los africanos nos ayudaba a añadir otras preguntas: ¿Por qué Europa se lo pone tan difícil a los africanos para integrarse aquí? ¿No estará Occidente enfermo de "complejo de superioridad"? ¿Qué pueden hacer los inmigrantes africanos en Europa a favor de África? ¿Por qué lo hace tan mal Occidente cuando quiere ayudar a África? ¿Cómo ayudar a que los hijos de inmigrantes (en el trabajo hablamos de los "españoles negros"), encuentren un lugar digno en nuestra sociedad?

Hemos descubierto la importancia de grupos de reflexión como éste. Ojalá se multiplicasen, ayudando a muchos otros a sortear la visión simplificada de la realidad que nos ofrecen la

¹ "La emigración negro-africana: tragedia y esperanza", ed. Carena, Barcelona, 2.000.

televisión y los periódicos. Espacios donde mirar juntos hacia África, donde escuchar los relatos de africanos que dejan su familia allá para buscar una salida a su futuro. Sus dificultades para vivir dignamente aquí no son meramente "su" problema, sino que revela "nuestro" problema, la enfermedad de nuestro Occidente demasiado viejo, demasiado orgulloso de sí mismo, demasiado cómodo, cobarde e individualista. Un "nuestro" que ahora los incluye a ellos, pues vivimos juntos y compartimos las alegrías y las penas que nos ofrece el mundo globalizado de principios del s. XXI.

En el trabajo que presentamos empezaremos mirando hacia África: ¿qué raíces, qué historia, qué situación actual vive este continente del que tienen que marchar tantos jóvenes a la busca de un futuro en nuestras tierras? En segundo lugar, nos miraremos a nosotros mismos, o mejor, nos dejaremos mirar por los africanos que llegan aquí: ¿qué España, qué Europa se encuentran estos africanos al llegar? Su mirada nos descubre aspectos de nuestro mundo que nuestra propia mirada no ve (o no quiere ver). Finalmente, esbozaremos algunas pistas de actuación relativas a África y al reto de la integración.

I. ÁFRICA: un continente desgarrado entre el pasado y el presente

1. LAS RAÍCES: CULTURA Y RELIGIÓN TRADICIONAL

La cultura africana es tan rica en valores como la europea. Y como se trata de valores diferentes a los de occidente, pueden ser complementarios y enriquecedores. En contraposición con nuestra cultura del tener, del hacer, del "time is money", de la producción y del consumo, nos encontramos con la tradición africana que valora las personas, las relaciones y la vida antes que nada. El africano es rico en relaciones personales, es rico en tiempo, en capacidad de celebrar la vida que transcurre a su propio ritmo.

En contraste con nuestro individualismo y nuestra desconfianza hacia los extraños, el europeo que pasa un tiempo en África comprueba la verdad de cuanto se explica sobre la hospitalidad africana, su acogida del extranjero, del visitante, del huésped... Intentemos explicar un poco más en qué caldo de cultivo aparecen estos valores, qué maneras de vivir los han creado y mantenido.

El clan y la familia

En Europa, la unidad familiar típica la forman los padres, los hijos y, a veces, los abuelos. Es el modelo que denominamos "familia nuclear". La unidad familiar africana es, en cambio, el clan (o familia extensa). El clan reúne un conjunto amplio de parientes que en nuestros términos serían denominados "primos", "tíos" y "abuelos". Para el africano serán sencillamente "padres", "madres" y "hermanos".

La figura que da unidad al clan es el antepasado común. El clan no es sólo una "unidad utilitaria", capaz de movilizar las fuerzas de todos sus miembros en caso de guerra, o cuando ciertas tareas colectivas lo requieran. También es el lugar en el que el niño africano será progresivamente iniciado en los misterios de la naturaleza, de su historia, de los espíritus... La educación tradicional, en el seno del clan, es severa. El niño debe mostrar en todo momento un profundo respeto y "temor" hacia los adultos.

Por otro lado, la sociedad tradicional africana es, como prácticamente todas las sociedades tradicionales, una sociedad patriarcal, y muchas veces "machista". La mujer no "funda" una familia cuando se casa (como sucede aquí), sino que pasa a formar parte de una familia existente: el clan, y normalmente el clan de su marido. La pareja que tenga únicamente hijas se verá enfrentada al problema de que todas ellas se irán un día a vivir con el hombre con quien se casen. La hija no es menos querida que el hijo, pero ella, al estar destinada un día a marcharse, no puede ser la heredera natural de los valores del clan. El niño africano crece en el seno de un conjunto amplio de parientes. Su afectividad no queda tan concentrada como la del niño occidental: llama "padre", "madre" y "hermano" a los miembros de esta gran comunidad familiar que en el contexto occidental serían para el niño únicamente parientes lejanos.

Desde niño aprenderá a practicar una fuerte solidaridad con todos estos parientes. Un ejemplo: al llegar la hora de la comida, la madre llama a su hijo a comer, pero no se inquietará en absoluto si ve que ha decidido comer con su "tío" o su "tía" (¡son también sus "padres" y "madres"!). Muchos africanos han crecido lejos de sus padres biológicos, y es un hecho que se asume con toda normalidad. Esto es importante para entender el comportamiento de los inmigrantes africanos en lo que denominamos "reagrupación familiar": muchos niños o jóvenes dejarán África y serán acogidos en casa de un tío o una tía que vive en Europa, pero para ellos estos parientes tendrán tanta autoridad como sus propios progenitores biológicos.

La solidaridad con el hermano que pasa necesidad es obligada. En África es difícil llegar a rico: cuando un africano accede a una situación desahogada, enseguida se encuentra con una

multitud de parientes que piden ayuda. Es el caso de muchos africanos residentes en España, que mantienen a un número importante de parientes que han quedado en África. Allí no existe nada parecido a nuestra Seguridad Social, y por tanto son los hijos quienes deben mantener a los padres cuando éstos son mayores. Aquí radica una de las razones por las cuales el discurso a favor de la reducción de la natalidad encuentra resistencias entre las familias africanas.

Por otro lado, el anciano ocupa un lugar preeminente dentro de la familia, la sociedad y la religión africanas. Es él quien ha hecho la historia, la conoce y la sabe narrar. Ha vivido los momentos difíciles del poblado, guerras, la llegada del hombre blanco... Conoce los lugares donde se encuentra agua en las épocas de sequía. Conoce los secretos del mundo invisible de los espíritus, sabe qué árboles tienen poderes especiales... En el seno de una cultura oral, el anciano es una verdadera biblioteca. Él es el encargado de transmitir los conocimientos esenciales para la vida en sus narraciones a la luz de la luna. Por ello se dice allí: "cuando un anciano muere, una biblioteca se quema".

La religión tradicional

Contra las imágenes distorsionadas del "politeísmo" africano, hay que recordar que todas las religiones tradicionales africanas poseen la creencia en un Dios supremo. Un Dios que, por otro lado, permanece bastante alejado de la vida cotidiana de los hombres y mujeres. Por ello el papel de los intermediarios entre Dios y los hombres es capital: intermediarios que podríamos cualificar como espíritus o "almas" (de ahí la denominación de "animismo" que actualmente se rechaza).

Otra característica de las religiones tradicionales africanas es que están vinculadas a un espacio concreto: son religiones locales, vinculadas a una tierra, a una región, a una etnia, a una familia (por ello daban mucha importancia a la armonía dentro del grupo y con la naturaleza). El Islam y el Cristianismo, en cambio, son religiones "universalistas", que pretenden extenderse por toda la tierra. Por otro lado, estas dos grandes religiones se fundamentan en unos escritos sagrados bien establecidos, son religiones del Libro. La religión tradicional africana, en cambio, es de transmisión oral: se transmite en las celebraciones, en los cuentos y en los mitos narrados oralmente.

Pero también la magia y lo que denominamos brujería forman parte de la religión y cultura africanas (la forma más conocida, quizás por su fuerte implantación en el Caribe y en Latinoamérica, es el Vudú). Se trata de un mundo complejo y delicado, con aspectos positivos (curaciones, alivio de inquietudes etc.) pero que constituye a menudo un lastre para el desarrollo, pues la brujería no se limita a un conjunto de ritos y maldiciones, sino que incluye prácticas directa y claramente dañinas, como el envenenamiento. Por otro lado, se dan muchos casos en que la acusación de brujería es falsa. Pero los efectos para el individuo acusado son los mismos: como mínimo, la expulsión de la comunidad. Tampoco habría que olvidar que la práctica y la creencia en la magia y la brujería, a parte de los fenómenos más recientes, son realidades que también nuestras tierras europeas han conocido abundantemente (quema de herejes y brujas etc.).

En el fondo de la tradición africana se encuentra toda una visión del mundo. En África nada sucede sin una causa. Todo tiene una causa "humana", que se puede atribuir a un culpable. La cultura africana no conoce el azar. Si un niño es atropellado por un coche, la gente preguntará: ¿por qué ha sucedido esto? Las explicaciones que utilizaríamos los occidentales son insuficientes: "por casualidad estaba en ese lugar cuando el coche pasó...". A menudo se buscará qué norma incumplió su familia para que un miembro haya sido castigado, quién le ha deseado ese mal, o más directamente quién ha practicado brujería dañina en contra de ese niño o esa familia.

Los antepasados ocupan un lugar central. El africano, cuando muere, pasa a la otra vida, donde se encuentra con los antepasados. Junto con ellos, seguirá manteniendo estrechas

relaciones con los familiares que han quedado en la zona "visible" y sensible de la vida. Más que rendir culto a los antepasados, se convive con ellos, se les habla. De vuelta a casa después de un viaje, el africano irá saludar a los antepasados.

2. LAS HUELLAS DEL PASADO

Hemos echado una ojeada a las raíces culturales de los pueblos africanos. Raíces que nos hablan de una riqueza que todavía hoy podemos contemplar. Pero el África actual también es el resultado de la Historia, de una Historia marcada por episodios tan negativos como la trata de esclavos y la colonización. En ambas realidades históricas se nos revela el rostro más tétrico de Occidente, y el peso que aún hoy dificulta el "despegue" africano.

Es cierto que España, fuera del caso de Guinea Ecuatorial, ha tenido una presencia casi insignificante en África. Sobre todo comparado con Francia e Inglaterra. Pero no debemos olvidar, por ejemplo, que nuestros barcos transportaron más de un millón y medio de esclavos de África hacia América. A este respecto, el escritor nigeriano y premio Nobel de literatura Wole Soyinka nos interpelaba recordando que España había pedido perdón por los agravios cometidos contra los judíos, pero nada había dicho sobre el comercio de esclavos africanos.

La trata de esclavos

Entre los siglos XVI y XIX los galeones europeos trasladaron a millones de africanos (aunque es difícil establecer la cifra exacta, podemos calcular entre once y trece millones), hombres y mujeres jóvenes, reducidos a la esclavitud, hacia sus colonias de América del Norte, América del Sur y del Caribe. Se compraban seres humanos a cambio de ron, pólvora y otros productos destructivos o inútiles. El daño producido en África no fue sólo psicológico y espiritual, debido a la humillación sufrida, sino que supuso un perjuicio económico, demográfico y social decisivo.

Cuando algunos se asustan del crecimiento demográfico de los países africanos, habría que recordarles que África está realizando ahora el crecimiento que no pudo tener en el pasado. Efectivamente el comercio de esclavos, la deportación forzosa de millones de africanos significó una sangría decisiva en las fuerzas vivas de la población africana. Se calcula que África tenía 113 millones de habitantes en 1600. Y pasó 250 años sin superar esta cifra (en 1850 se calcula que tenía 102 millones de habitantes). Lo importante es que, en ese mismo periodo de tiempo, la humanidad estaba duplicando ampliamente su población global.

Ciertamente, la esclavitud era conocida en los reinos africanos, y sin la colaboración activa de los reyes de las costas africanas el comercio no habría funcionado. Ciertamente el comercio de esclavos de larga distancia era practicado por los árabes (atravesando el Sahara o desde las costas del África oriental) antes que por los europeos. Sin embargo, este comercio alcanzó en manos de los europeos un volumen nunca visto. Hay que ir a África para darse cuenta de hasta qué punto sigue viva la conmoción material y espiritual que aquel episodio supuso.

La colonización

Tras la trata de esclavos, la etapa colonial. Aunque esta página histórica duró relativamente poco tiempo (menos de un siglo), supuso igualmente un cambio radical en las estructuras y mentalidades de los pueblos africanos. El dinamismo del comercio y la industria europeos, la necesidad de mercados y de materias primas, la ideología imperialista y de superioridad racial, la ilusión o la excusa de llevar la Civilización y el Evangelio a todas las tierras, y la superioridad tecnológica son algunos de los factores que propiciaron la conquista y dominación de África por parte de Europa. Un dato ilustrativo del poder que Europa llegó a tener: entre 1878 y 1914 el 84% de las tierras del planeta estaban de una manera u otra bajo el dominio de un país europeo.

Las metrópolis formaron en las colonias elites de población autóctona totalmente identificadas con los intereses coloniales. Aunque estas elites fueron también las que lucharon por la independencia, después de ésta enseguida la alianza entre las ex-metrópolis y las oligarquías africanas se reanudó, ahora sobre nuevas bases. No debe extrañar que en la actualidad los intereses de los gobernantes africanos sean contrarios a los de sus propios pueblos. Y tampoco olvidemos que Francia, Bélgica e Inglaterra han enviado en diversas ocasiones sus tropas a África a defender regímenes dictatoriales.

De todos modos, las diferencias en la actuación de las distintas metrópolis europeas son importantes para entender el presente de África. Así, el modelo francés fue más bien paternalista y proteccionista. Creaba una gran dependencia, aunque, por otro lado, pretendía ser más democrático, insistiendo en la educación de las masas... Los ingleses basaban su dominio colonial en el aprovechamiento económico del libre mercado. Lo que les interesaba era la dependencia económica de las colonias. Sus métodos de control eran más elitistas. Pero esto permitió que, en el momento de las independencias, existiesen unas elites indígenas más preparadas que en las ex-colonias francesas. El modelo colonial belga osciló entre la represión severa y el paternalismo. El efecto, en cualquier caso, siempre fue, entre otras cosas, la descomposición de las estructuras tradicionales africanas (menor en el caso de las colonias inglesas): estructuras políticas, culturales, religiosas... todo lo que, en definitiva, constituye la identidad y el orgullo y la dignidad de cada comunidad.

El Cristianismo en África

Hoy en día, tres grandes religiones o "constelaciones religiosas" predominan en tierra africana: la/s religión/es tradicional/es, el Islam y el Cristianismo (católico y protestante, éste último con multitud de iglesias diversas). De la religión tradicional ya hemos hablado antes, pero habrá que resaltar que hoy en día pervive más de lo que aparece en muchas estadísticas: es como el alma africana que no se abandona aunque se practique otra religión, o no se practique ninguna. Por lo que respecta al Islam, habría que decir mucho más, pero no tenemos espacio. Únicamente cabría recordar que su presencia va mucho más allá del Norte de África: por ejemplo, es la religión mayoritaria en los países del Sahel (en la frontera sur del Sahara), que pertenecen ya al África negra.

Tanto el Islam como el Cristianismo son religiones "importadas". Y a lo largo de la historia, los encuentros entre culturas diferentes no han tenido nunca la forma de un "foro" pacífico de diálogo. Más bien han sido choques traumáticos: invasiones, colonizaciones, sometimientos, imposición de la lengua, cultura, leyes, historia del vencedor... El "encuentro" de la religión tradicional africana con el Islam y el Cristianismo no ha sido diferente.

Si nos detenemos un poco en este último, empezaremos por reconocer que el cristianismo formaba parte de la cultura dominante dentro de ese choque que hemos descrito entre Europa y África. Pero no todo fue negativo. El misionero no fue siempre, y sin más, un aliado del colonizador. Muchos misioneros fueron los primeros en clamar contra la trata de esclavos. En la Francia laica y anticlerical de principios de siglo, los misioneros franceses no recibieron ninguna ayuda de su gobierno. Pronto los misioneros y misioneras doblaron su labor evangelizadora con un trabajo humanitario impresionante: educación, sanidad... todo esto es bien conocido. En África las ONG's han estado históricamente muy vinculadas a las iglesias cristianas, trabajando en el abastecimiento de servicios básicos: salud y educación.

Lo más esperanzador del cristianismo africano es su juventud, su vigor, y sus ganas de encontrar caminos de expresión propios. A los europeos siempre nos impresiona cómo lo religioso en África se traduce en fiesta comunitaria, en celebración sobreabundante de color, ritmo, fiesta, alegría... pero llena también de respeto y veneración.

En cuanto al compromiso por la justicia, no podemos pasar por alto las "luces" que aportan las iglesias cristianas: la credibilidad que poseen, en muchos países, en contraste con un

aparato estatal corrupto; su condición de espacio de libertad de expresión y de denuncia de los abusos contra los derechos humanos. Ahora bien, precisamente porque tienen un potencial enorme en sus manos, las iglesias africanas deberían ser un "aguijón crítico" mucho más potente en su denuncia de las injusticias..

En positivo podríamos citar el caso de la Comisión "Justicia y reconciliación" en Sudáfrica, presidida por el arzobispo anglicano Desmond Tutu, que ha ayudado a sacar a la luz la terrible historia de la etapa del Apartheid, pero posibilitando el arrepentimiento y el perdón. Y entre los católicos, podríamos evocar al obispo Munzihirwa, de la República Democrática del Congo (antiguo Zaire), que luchó valientemente por la justicia y los derechos humanos en la zona tan traumatizada de los Grandes Lagos, denunciando sin miedo los abusos cometidos, hasta caer asesinado por militares tutsis².

Evidentemente, el vigor espiritual africano no queda circunscrito al mundo cristiano. Y precisamente, es esperanzador el hecho de que en muchos países convivan en armonía la religión tradicional africana, el Islam y el cristianismo, gracias a una secular tolerancia religiosa. Esperemos que el espíritu religiosamente abierto de los africanos no se deje contaminar por los aires fanáticos que están llegando de fuera (no sólo del mundo islámico, también de ciertas iglesias protestantes fundamentalistas): como es el caso últimamente en Nigeria. Efectivamente, en un contexto social y cultural tan inestable como es el africano, el factor religioso también puede ser fuente de conflictos: la proliferación de sectas de todo tipo es un síntoma a discernir (también en Occidente).

3. EL ÁFRICA DE HOY

El impacto de este pasado sobre las raíces y sobre las estructuras tradicionales africanas ha sido demoledor. Las sociedades africanas con las que se encontró el europeo en el s. XIX estaban en muchos aspectos en inferioridad de condiciones, pero existía en muchos lugares una armonía social que se ha perdido. Y la crisis no ha sido sólo política o económica; el peor desgarró es quizás el que Aliou Diao (senegalés, participante en nuestro Seminario) denomina "colonización mental":

"En África mientras se aspira a ser como los europeos y a disfrutar de su prosperidad y riqueza individual, se están abandonando aquellos valores fundamentados en la propia realidad que permiten superar las condiciones de vida: la idea de pertenencia a una comunidad, la solidaridad, el orgullo de no querer depender de los demás. Sin este bagaje cultural, muchas personas afrontan su existencia despistados y vulnerables. Tienen serios problemas para sobrevivir porque se lanzan a lo más fácil, un poco deslumbrados por la vida que llevan los europeos. Este fenómeno es una muestra más de la política de colonización mental que está desestructurando fuertemente las sociedades"³.

Los políticos, entre la inoperancia y la dictadura

La mayor parte de los estados africanos accede a la independencia alrededor de 1960. Pero en estos 40 años de África independiente hemos podido constatar que muchos estados africanos son más un nombre que una realidad: fronteras artificiales, formas de gobierno calcadas de occidente, gobiernos corruptos apoyados por las antiguas metrópolis...

Uno de los grandes problemas es el de crear una conciencia de Estado. La estructura tradicional africana tiene como base la etnia (o tribu, aunque para algunos éste es un término

² cf. el cuaderno CCJ nº 95 de Joan Casòliva (participante en nuestro Seminario) y Joan Carrero: "África de los grandes lagos".

³ Aliou Diao, Pau Lanao y Carme Vinyoles: "Nbita Tamola: història d'un viatge", publicacions GRAMC, Girona 1996, p. 128.

peyorativo), que es un conjunto de clanes con una misma lengua y tradiciones. El problema en el África actual es que sobre esta organización tradicional, étnica, ha venido a superponerse la estructura occidental: Estado multi-étnico, gobierno, parlamento, ministerios, legislación occidental... Y no está nada claro que estas nuevas estructuras e instituciones hayan sido asimiladas por la población, ni tampoco por los dirigentes.

Entonces, el peligro de la exclusión del que no pertenece a la propia etnia es bien real. En muchos momentos, la actitud hacia el perteneciente a otra etnia es de desconfianza, si no de hostilidad. Cuando los intereses económicos o políticos atizan el fuego del odio hacia la otra etnia, el miedo y la solidaridad tribal pueden acabar provocando una masacre.

Pero no todos los problemas políticos son herencia o responsabilidad de Occidente. Las élites gobernantes usan normalmente del poder de manera despótica y dictatorial: cualquier manifestación pública de crítica al gobierno es interpretada como una conspiración. El control del poder político es casi imposible. La mayoría de los Estados africanos no son ni democracias ni Estados de Derecho reales. El ejercicio del poder político ha sido en África muy a menudo despótico y violento. Pero lo que indigna al europeo que llega a África es darse cuenta de que a menudo los dictadores africanos se mantienen en el poder gracias a nuestros gobiernos europeos, que los sustentan económica y militarmente. Evidentemente, a cambio de algo...

Por otro lado, África se enfrenta al problema social de una urbanización acelerada y caótica. Allí se está realizando en estos años el éxodo del campo a la ciudad que España vivió en los años 60. Pero el crecimiento de las ciudades es fundamentalmente anárquico. Los campesinos que se desplazan a las ciudades en realidad van engrosando los suburbios de éstas, en unas condiciones normalmente peores que las del campo. En las ciudades africanas no existe un entramado industrial que "absorba" la llegada de campesinos y les facilite un empleo.

La mujer africana

Al evocar a la mujer africana, para todo el que ha vivido allá, la primera imagen y fundamental es la de las madres africanas: de alguna manera son ellas las que sostienen toda la vida. Madres que trabajan de sol a sol por sacar adelante la familia. Mujeres que sufren con dignidad, en silencio y con esperanza. Tal y como dice el título de un libro de Remei Sipi (ecuato-guineana, participante en nuestro Seminario), las mujeres africanas son "incansables creadoras de estrategias para la vida"⁴.

Entre los signos esperanzadores está la proliferación de las asociaciones de mujeres: para el desarrollo de sus comunidades, para defender los derechos humanos, para apoyarse unas a otras económicamente... En muchos lugares son la plataforma donde las mujeres empiezan a tomar la palabra con valentía, y lo hacen con aquél sentido humano que las caracteriza, en África tanto o más que en el resto del mundo. En dichas asociaciones se expresa el enorme vigor de las mujeres africanas en su defensa de la vida.

No podemos dejar de mencionar el tema de la poligamia: es una práctica muy extendida en África, y no únicamente entre los musulmanes africanos. Pero el juicio sobre esta realidad no debe ser apresurado, y menos aún prepotente y despreciativo.

Una buena parte de la economía africana está en manos de las mujeres. Trabajan en el campo prácticamente tanto como los hombres, y llevan toda la vida doméstica. Pero habría que distinguir claramente entre la mujer del campo y la de la ciudad. La mujer urbana africana tiene acceso a unas posibilidades culturales, de formación, económicas y a una libertad que le quedan denegadas a la mujer rural. En muchas ciudades africanas la mujer tiene un papel importantísimo en la vida económica: y no sólo en la pequeña economía informal (venta ambulante etc.), sino que encontramos a mujeres que son grandes empresarias y negociantes.

⁴ Remei Sipi: "Las mujeres africanas: incansables creadoras de estrategias para la vida", ed. Mey, L'Hospitalet (Barcelona), 1998

Por otro lado, en las universidades africanas nos encontramos hoy en día con una proporción de mujeres impensable en la época colonial. Y no sólo estudiando magisterio o enfermería, sino también en facultades como Ingeniería y Económicas.

En resumen, en la actualidad la mujer africana tiene un protagonismo real enorme, pero está marginada del espacio político, del espacio de la representación pública de los Estados... En cierto sentido podríamos hablar de confrontación entre una economía "desde el poder" dominada en África por los hombres, y una economía informal dominada por las mujeres. Caricaturizando un poco, se diría que las mujeres llevan la "vida diaria" de África, y los hombres dominan el poder político, y se dedican a la "gran economía": petróleo, diamantes, cacao...

El peso de un sistema económico injusto

Nos limitaremos a aportar aquí algunos datos ilustrativos de la situación en que se encuentra África dentro del sistema económico internacional. Para empezar, un hecho que normalmente se nos escapa: África es un continente rico. Dentro de sus 30,3 millones de kms.2 (el 20% de las tierras emergidas del planeta), África encierra enormes potencialidades naturales. Este continente aporta el 46% de los diamantes del mundo, el 32% del oro, el 20% del uranio, el 75% del cobalto, el 11% del petróleo, el 55% del cacao, el 19% de los cacahuets y el 19% del café. Tiene el 20% del agua dulce del mundo, y miles de kilómetros con abundante pesca⁵.

Pero estas enormes potencialidades se ven gravemente amenazadas por factores como la desertización. El avance continuado del desierto está directamente relacionado con el crecimiento demográfico: la gente utiliza la madera de los árboles para calentarse y cocinar. En las zonas rurales donde la población está aumentando, el paisaje se deforesta rápidamente. Y la deforestación, como bien sabemos, provoca una disminución continuada de las lluvias: es el ciclo perverso de la desertización.

Pero hay amenazas que no son naturales, sino que provienen de la manera como se estructura la economía mundial: hablamos -¿cómo no?- de la globalización. Lo primero que uno constata en África es que, con la famosa globalización, unos ganan y otros pierden. Y los productores de materias primas africanos están claramente entre los perdedores. Se han visto enfrentados a la competencia de los países asiáticos, con lo cual, si querían subsistir dentro del mercado, han tenido que producir más e ingresar menos. Los que se han salvado de la "competencia global" (ironía del destino) son esa gran mayoría de africanos que vive de la agricultura de subsistencia, sin apenas comercializar sus productos.

Sin embargo, en cada país africano, encontramos unas élites que sí se están beneficiando del proceso: la eliminación de barreras financieras (uno de los efectos de la globalización) ha servido en África más eficazmente a la fuga de capitales que a la llegada de fondos para el desarrollo. Así, el dinero que se concentra en manos de unos pocos se escapa de África, en busca de los refugios seguros de los bancos suizos. Las cuentas bancarias del dictador zaireño Mobutu eran unas de las más ricas del planeta.

Por otro lado, los países más ricos, los grandes ganadores de la globalización, están reduciendo sus ayudas a África. Esta ayuda se encuentra en el nivel más bajo de la última década⁶. En 1997 la ayuda recibida representó 27 dólares per cápita para unos 600 millones de

⁵ Font: "El Estado del mundo 1988", Akal.

⁶ "MENSAJE DE ALARMA DE LA ONU: los países más ricos recortan su ayuda al Tercer Mundo (...) O los países ricos dejan de recortar sus aportaciones en ayuda humanitaria o 12 millones de personas pueden morir en los próximos meses en África, víctimas de los conflictos bélicos y de los desastres naturales. De los 796 millones de dólares de ayuda comprometidos con dicho continente para este año, sólo han sido librados 352. Desde 1992, los 21 países desarrollados que más dinero aportan al Tercer Mundo han recortado sus aportaciones en un 24%: de 63.000 millones se ha pasado a 48.000. Como contraste, los mercados financieros de EEUU y Europa han crecido en un 70% en tres años". Diario "El País", 14 de agosto 1999.

personas en el África subsahariana⁷... ¡Pero este colectivo gastó 22\$ per cápita para pagar su deuda exterior!

También se está poniendo en evidencia que las políticas de ajuste del FMI y del Banco Mundial fracasan, y están siendo contraproducentes. Uno de los objetivos importantes de estas políticas era la potenciación de las exportaciones para aumentar los ingresos en divisas. Pero, debido al continuo deterioro de los precios de las materias primas, no ha habido más entrada de divisas. En cambio, al destinarse más tierras a los cultivos de exportación y menos a los cultivos de subsistencia, el problema alimentario se ha agravado. Pero el peor efecto de estas políticas es que están provocando el aumento de la desigualdad dentro de las sociedades africanas, y de manera grave.

De este modo, en África subsahariana, como promedio, los gobiernos gastan 11,5 dólares anuales per cápita a la sanidad, 25,3\$ a la educación, y 22\$ al servicio de la deuda⁸. Entre 1980 y 1996 el África subsahariana ha pagado el equivalente al doble de su deuda externa pero, debido a los intereses, se encuentra en la actualidad tres veces más endeudada que en 1980. En 1997, el África subsahariana pagó, en concepto de servicio de la deuda, 12.700 millones de dólares (5.100 millones destinados al pago de los intereses, el resto a la devolución de la deuda), es decir, ¡el 80% de las ayudas recibidas ese mismo año de los países ricos en concepto de cooperación⁹!

Finalmente, un dato que resume todo lo anterior: el 66% de las exportaciones del África subsahariana van dirigidas a la Unión Europea, pero para las economías europeas éstas no representan más que el 0,66% de sus importaciones.

En definitiva, podemos constatar que África no ha podido dejar de entrar en el mercado globalizado. Y ahora no se puede hacer marcha atrás. La cultura africana, la economía y los sistemas de organización africanos deberán afrontar la convivencia con el inmenso poder (económico, político, y también poder de seducción) de un mundo globalizado que tiene rostro occidental.

Pero entonces debemos aceptar también que los jóvenes africanos sueñen con el bienestar y la riqueza de Occidente. Debemos aceptar que ellos, como todos, estén dispuestos a arriesgar sus vidas buscando un lugar más habitable y feliz. Resulta absurdamente injusto que nuestro sistema pulverice las fronteras a la hora de ofrecer sus productos de consumo hasta el último rincón de la tierra, pero después levante carísimas murallas que impidan la llegada a los extranjeros. Si vienen es porque nuestros "spots" publicitarios les hablan de una opulencia y una felicidad que ellos, lógicamente, quieren saborear también. Si la globalización tiene que ser un bien para todos, no podemos cerrar nuestras puertas a África.

⁷ Fuente: Nota de prensa del Comité de Ayuda al Desarrollo -CAD- de la OCDE, 18/6/98.

⁸ Fuente: Pérez Plano, J.: "África, retos y esperanzas", Intermón, colección "Documentos". Del mismo documento extraemos estas líneas sobre el caso de Etiopía: "El pago del servicio de la deuda exterior equivale a cuatro veces el gasto público en sanidad. Mientras tanto, más del 60% de la población rural no tiene acceso a los servicios sanitario, por lo que se mueren anualmente 100.000 niños por una enfermedad como la diarrea, y sólo el 16% de las mujeres son atendidas durante el embarazo. La reducción de la deuda podría financiar mayores inversiones sociales, con lo que, según UNICEF, podría salvarse la vida de más de un millón de niños y niñas. Pero la reducción de la deuda de Etiopía ni tan siquiera se está estudiando aún, con lo cual se están perdiendo miles de vidas" (p. 102).

⁹ Fuente: "La realidad de la ayuda (1998): una evaluación independiente de la ayuda al desarrollo española e internacional", INTERMÓN, colección "documentos".

II) REDESCUBRIR EUROPA

Pasemos ahora a analizar la situación de los africanos que han llegado y están llegando a España. Ellos traen en sus maletas, en su memoria y en su piel todo lo que venimos diciendo: la cultura africana, la actualidad ardiente de sus países, los sueños de un lugar mejor... en nuestra mirada al África descubríamos aspectos de nuestra historia y de nuestro presente que a menudo pasan desapercibidos. Ahora pretendemos centrarnos aún más en las "trastiendas" ocultas tras el brillo de nuestros escaparates.

1. Los que no entran por la puerta grande

En el caso de España, la llegada de inmigrantes extracomunitarios a España es bastante reciente, comparada con países como Francia, Alemania, Inglaterra... En 1985 se aprueba la Ley de Derechos y Libertades de los Extranjeros (denominada "Ley de Extranjería") una ley fundamentalmente restrictiva y policial, que no explicita ninguna preocupación por la integración de los inmigrantes.

Sin embargo, existe problema real al que este tipo de ley no da respuesta: la economía española necesita la mano de obra extranjera para seguir funcionando. Por eso la Patronal ha pedido repetidas veces al gobierno que deje paso a más trabajadores extranjeros. Pero, entre los empresarios, también hay quienes prefieren disponer de un "ejército de reserva" de jóvenes sin protección, dispuestos a trabajar por poco, y que no se puedan quejar. Y la falta de papeles condena al trabajador extranjero a la "economía sumergida", un eufemismo que para el trabajador sin papeles significa pura y simplemente la explotación: salario mísero, diez a doce horas al día de trabajo, sin condiciones de seguridad, con despido libre.

Por ello, las legislaciones restrictivas, que buscan el control de la inmigración por vías policiales y por medio de trabas burocráticas lo que suelen conseguir no es la disminución del número de inmigrantes, sino el empeoramiento de sus condiciones de vida, obligándolos a vivir en la clandestinidad.

Por otro lado, probablemente muchos españoles desconozcan que, antes de llegar al pie de las alambradas que protegen a Ceuta y Melilla, los inmigrantes subsaharianos han tenido que realizar un viaje largo, caro y peligroso. Muchos pierden la vida atravesando el Sahara. Otros, que intentan colarse en un barco con destino a Europa, son echados por la borda al ser descubiertos. O bien pagan cifras increíbles por un pasaje en un velero desde Cabo Verde hasta Canarias. Los que pueden ahorrar ese dinero son profesores, comerciantes, agricultores que han ido ahorrando durante años, pidiendo préstamos... que no se preocupen los que hablan del alud de africanos: los miserables se mueren allá, o se quedan en un país africano vecino.

No es fácil resumir el conjunto de situaciones frustrantes que deberá atravesar el africano llegado a España, con o sin papeles. En primer lugar, la gran decepción: la realidad no era como le habían contado. El lujo y las riquezas exuberantes de los anuncios no están a la disposición de todos. Lo que le espera de entrada es la clandestinidad, dormir en cualquier sitio, trabajos duros y mal pagados... Y también los misterios de la "lógica administrativa" española: sin permiso de residencia no le pueden hacer contrato, pero ¡sin contrato no puede conseguir el permiso de residencia!

Se vive el miedo a no poder renovar los papeles, a ver cómo todo su proyecto y sus ahorros se pueden ir al traste, huyendo de la policía cuando no han cometido ningún crimen... se experimenta la rabia ante el abuso de esta situación por parte de ciertos empresarios.

Es cierto que tienen muchas "armas" a su favor: su juventud, su vigor y todo lo que han invertido humana y económicamente en el viaje. No abandonarán fácilmente ante las dificultades. También es cierto que en sus países de orígenes la situación política y económica

es desesperante, y así las dificultades de aquí se hacen más llevaderas. Pero éstas son bien reales. Se enfrentan, por ejemplo, al problema de la vivienda. Los prejuicios raciales también funcionan en este ámbito. Muchos propietarios prefieren no firmar ningún contrato de alquiler con inmigrantes, aunque éstos puedan pagarlo: no se fían (o al revés, se aprovechan de la posición débil del inmigrante). Esto supone un grave problema para el inmigrante, que necesita el contrato de alquiler para demostrar su situación legal. Además los precios de los alquileres son a menudo exorbitantes. Así, muchos africanos se ven obligados a vivir en zonas de barraquismo, amontonados en casa del único familiar que ha conseguido un piso, o en las plazas y jardines de nuestras metrópolis.

2. *¿Existen españoles negros?*

El africano en España siente una mirada permanente sobre él que le recuerda su "ser diferente". Y a veces esa mirada se convierte en explícitamente agresiva o despectiva. A pesar de todo, el inmigrante posee una identidad, sabe quién es él dentro de la sociedad que ha dejado. Esto constituye para él lo que Inongo denomina un "muro de contención". Pero los hijos del inmigrante, nacidos normalmente aquí, no poseen tal muro. Ya no son de allá, pero si tampoco se les permite ser plenamente de aquí, puede que sucedan cosas curiosas, como por ejemplo que se identifiquen con los jóvenes "rapperos" de los suburbios del Harlem neoyorquino. En contraposición con la imagen del niño africano con el vientre hinchado por la malnutrición, la del joven neoyorquino es al menos una imagen "fuerte", con aspectos atractivos: audacia, capacidad de realizar cosas difíciles, confianza en sí mismo...

El reto en las aulas

El africano que llega a Europa tiene en la cabeza y en el corazón la idea de volver a África. Marcha de allá obligado por las circunstancias. Normalmente la gente no emigra por el gusto de emigrar. Y, porque piensa en el retorno, intenta educar a sus hijos en la cultura de allá. Pero los hijos nacen aquí. Desean integrarse en la cultura de aquí. Además resulta casi imposible transmitir la cultura y los valores africanos sin el calor humano del clan, sin los antepasados cerca, sin el bosque, sin los ríos y las montañas cargadas de historia y de presencias místicas.

Los padres, en esta situación de inferioridad, tienen que luchar contra las pautas educativas y culturales que los niños reciben en el entorno. Un ejemplo: en África el respeto por los mayores es sagrado. Normalmente el niño o el joven no miran a los ojos a sus mayores. Pero en nuestras escuelas, la relación del adulto con los niños intenta ser de camaradería, de tú a tú. Y esto, aunque parezca insignificante, se convierte en un torpedo bajo la línea de flotación de los valores africanos. El niño africano se puede encontrar entonces falto de referencias claras en su relación con los adultos. Puede volverse contestatario o, al revés, encerrarse en sí mismo: en ambos casos la buena marcha de los estudios se ve amenazada.

El niño de padres africanos empieza enseguida a ser consciente de su diferencia. El color de piel es un rasgo muy visible. Siempre hay alguien que le hace sentir que él no es propiamente "de aquí". Pero ¿de dónde es? África le queda muy lejos.

Ahora bien, la escuela es también en muchos casos un ámbito muy positivo para el niño de padres africanos: un lugar de integración, de contacto tranquilo con nuestra cultura, de aprendizaje en condiciones de igualdad... lugar también de contacto intercultural. Ahora bien, la carga que pesa sobre los educadores es enorme: éstos necesitan recursos, dinero, personal, tiempo para poder realizar la función que la sociedad les pide. Si no es así, nos encontraremos con que las aulas más difíciles, donde están los niños que requieren una mayor atención, estarán atendidas por los maestros más jóvenes e inexpertos, desbordados por las dificultades y sin recursos: ¿no es una tremenda ironía que, en estas condiciones, se les pida que practiquen una educación verdaderamente intercultural?

¡Ellos sí quieren integrarse!

Carbría preguntarse qué hay detrás de frases como ésta, dirigidas a los extranjeros: “es que no quieren “integrarse”. Respecto de los inmigrantes que lo han arriesgado casi todo para construir sus vidas aquí, la frase no tiene mucho sentido. Y tampoco si la aplicamos a los hijos de éstos, que han crecido viendo de cerca los esfuerzos y anhelos de sus padres por hacerse un lugar aquí. Además habría que tener en cuenta la fuerza de atracción de la cultura occidental (un dato que nos suele pasar desapercibido): lo deslumbrantes que son las bellezas y riquezas de nuestro mundo consumista: los video-clips occidentales acabaron con el Muro de Berlín, y están acabando con el "muro" del estrecho de Gibraltar.

Pero la integración es un encuentro, un encuentro feliz entre dos que se quieren, que aprecian cada uno algo de lo que el otro tiene, que intercambian algo. Y los hijos de africanos sienten a menudo un rechazo sutil (o explícito) de parte de aquellos con quienes querrían integrarse. Y existen pocas cosas más difíciles de aceptar que el sentirse rechazado: difícilmente se vuelve uno a acercarse a un colectivo que un día le rechazó.

Si además ese rechazo se basa en una característica visible como el color de mi piel, tan inherente a la persona y difícil de cambiar, entonces el complejo y aún el resentimiento pueden ser fuertes. Y los semejantes, los del mismo color de piel, cultura, lengua etc., aunque también estén marginados como grupo, resultan mil veces más deseables que el grupo “normal”. Porque éste grupo, que es el bien considerado, el socialmente mejor situado, ha manifestado en algún momento (existen mil maneras muy sutiles de hacerlo) algún tipo de rechazo hacia el diferente.

Hay que tener muy en cuenta este mundo de las percepciones y valoraciones que tanto influye en la convivencia. Ciertamente, lo económico es “lo primero”: el inmigrante viene aquí buscando trabajo, buscando dinero que poder ahorrar, enviar a la familia que queda en África, o para poder volver él mismo y construir algo sólido. Pero las personas vivimos de algo más que de dinero. La dignidad propia es la base mínima sobre la que construimos todo lo demás. Cuando las actitudes, comportamientos, gestos a tu alrededor parece que ponen en duda esa dignidad, cuando parece que eres objeto de sospecha, o que tienes alguna culpa sólo por tu color de piel, eso es muy difícil de soportar. Aún teniendo un trabajo bien pagado.

Si bien el inmigrante, por muchos años que pase aquí, no perderá nunca la referencia a su tierra, su familia, su cultura de origen, la situación de sus hijos, nacidos aquí, es bien distinta. Éstos se apegan a los valores transmitidos por la sociedad europea tanto o más que los hijos de europeos.

Para un niño negro nacido en Cataluña de padres inmigrantes, la identificación con África le resulta muy costosa. Preguntémonos qué imágenes de niños negros aparecen en televisión: el niño famélico, con el vientre hinchado por la malnutrición... etc. Pero no todo en la imagen del negro es negativo: también están los jugadores de la NBA, las grandes estrellas del fútbol, atletas de USA... como colectivo, el de los “taggers” (que pintan “graffitis”) del Harlem neoyorquino, con su música, su moda...

Buscando modelos de referencia

Todo niño, todo adolescente se enfrenta a una tarea difícil y crucial para su vida: la búsqueda de su identidad: ¿quién soy yo? ¿cómo me ven los demás? ¿con quién me identifico? De repente se le abre todo un mundo habitado por grupos diferentes ante los cuales tiene que tomar postura: el equipo de fútbol, la música, el rol dentro de la familia, de la clase, dentro del grupo de amigos, sus capacidades deportivas, su liderazgo, su físico y sus relaciones afectivas, su vocación profesional... sabemos lo que se sufre en este camino hasta encontrar nuestro “lugar en el mundo”. Ahora bien, para el niño y el adolescente de piel oscura esta tarea va a tener obstáculos añadidos.

Los modelos de referencia son de vital importancia: un jugador de fútbol, una estrella de cine, un profesor, un monitor... También los adolescentes negro-españoles necesitan modelos de identificación. Y difícilmente los tendrán si el lugar reservado para la cultura africana en nuestra sociedad es el espacio gestionado por los ministerios de Bienestar Social. Vale la pena recordar (porque la gente no lo sabe) que en Europa y en España viven muchos intelectuales africanos, y de gran valía. De cara a la integración de los hijos de inmigrantes ésta puede ser una dirección muy fecunda: abrir un espacio público (no sólo el del deporte) para africanos adultos que tienen mucho que aportar a la sociedad, escritores, dramaturgos, abogados, médicos...

Inongo nos explicaba una anécdota muy ilustrativa: en una escuela donde, entre otros, un buen grupo de hijos de africanos, la maestra leyó un cuento africano. Cuando la maestra les explicó a los alumnos que el cuento lo había escrito un africano (residente en Cataluña), los alumnos hijos de africanos no lo creían. ¡No creían que un africano pudiese formar parte del conjunto de personas que escriben libros!

Muchos jóvenes negro-españoles rechazan a un África que no entienden, que no sale de su crisis eterna. Pero, a su vez, Europa los rechaza a ellos. Buscan su lugar en esta Europa donde teóricamente les toca un lugar "por derecho propio". Pero hay cosas, hay gente aquí que parece negarles este derecho. Como si se les enviase el siguiente mensaje: "si queréis vivir aquí, debéis aceptar siempre un segundo lugar, arrimaos al plato después de los de aquí". Esta injusticia es tan flagrante que puede llegar a amargarle a uno la existencia. Es algo que el inmigrante soporta, pero para el que nace aquí y es de aquí, por muy negra que sea su piel, resulta especialmente humillante e insoportable.

La cuestión no es si los africanos se van a integrar o no en nuestra sociedad: seguro que se integrarán, ¿pero dónde? El riesgo de una "integración en la marginación" o de una "integración de gueto" es bien real. Por ejemplo cuando un joven negro o magrebí se encuentra viviendo en una calle donde lo primero que hay que aprender son las "leyes de supervivencia". Así, si no se hace nada para remediarlo, el espacio que parece esperarles a un buen número es el de los márgenes de la sociedad: la economía sumergida, los barrios suburbanos, la delincuencia y la prostitución.

Pero no todo son calamidades o fracasos: hay muchos hijos de inmigrantes que han encontrado su sitio aquí y están realizando sus vidas plenamente. Como también es cierto que muchas personas e instituciones españolas han tomado y están tomando iniciativas creativas y valientes. La crítica y la advertencia tienen sentido precisamente porque no hay nada inevitable. Lo que hace creíble a una denuncia como la de estas páginas es que muchos inmigrantes, hijos de inmigrantes y también muchos autóctonos han empezado a disfrutar del contacto entre culturas, han creído en la posibilidad de construir juntos algo mejor de lo que tenemos, y han empezado a luchar por ello.

3. El problema también es nuestro

¿Un nuevo chivo expiatorio?

Incidentes como los de El Ejido (y tantos otros menos espectaculares), dan que pensar. Plantean la necesidad de pensar con calma: ¿qué sucede en nuestra propia sociedad en relación con el fenómeno de la inmigración? El factor económico no es el único, ni quizás sea el más importante. El Ejido pasó de la miseria a ser uno de los municipios más ricos de Europa, y el trabajo de los inmigrantes ha sido un factor decisivo. Sin embargo, lo sucedido allí fue terrible: casi todo un pueblo fuera de sí, a la caza del magrebí. Evidentemente, no se trata de satanizar a los habitantes de El Ejido (o a los de otros pueblos con sucesos parecidos) como si estuviesen

hechos de una pasta diferente. Se trata de constatar que en nuestro país ocurren incidentes así y de comprender el por qué.

Quizás convenga aceptar que todas las culturas tienen una dimensión espontáneamente racista y xenófoba. Acoger al extranjero, entender al que es diferente... todo esto no es fácil. Conviene recordarlo. El moralismo, sea de derechas o de izquierdas, suele resultar estéril. Culpabilizar no sirve. Lo sí puede resultar eficaz, a la larga, es fomentar puentes, puntos de encuentro. La primera reacción ante lo desconocido es el miedo y la desconfianza. Si en la puerta de al lado viene a vivir una familia africana, numerosa, ruidosa, con horarios y costumbres diferentes, no es extraño que uno se queje, que critique, que juzgue... Ahora bien, si surge el encuentro, la comunicación, incluso la amistad... si se produce un intercambio, la ayuda mutua, en un plano de igualdad, es probable que lo desconocido se vuelva riqueza; por lo menos no será tan desconocido, porque será comprendido.

Y si se trata de comprender, hay una expresión que nos puede ayudar: el "chivo expiatorio", un mecanismo colectivo que los historiadores conocen a la perfección. Consiste en descargar sobre una persona o colectivo toda la culpa de los males que oprimen a una comunidad. Se ha repetido el caso en infinidad de lugares y épocas. Cuando un grupo humano se enfrenta a catástrofes que no sabe cómo explicar: pestes, sequías, terremotos, guerras, etc. La Historia nos enseña que las minorías con una característica distintiva son las que más probabilidades tienen de ser utilizadas como chivo expiatorio. Es el caso de los judíos: por su religión, por su solidaridad interna, por sus comportamientos diferentes, porque, además, acostumbraban a tener éxito en sus empresas, han servido tantísimas veces, en circunstancias bien diversas, como "cabeza de turco" (otra expresión sinónima).

Parece un comportamiento irracional, nada científico, ¡pero es tan útil para la sociedad! Permite que la gente se descargue de toda responsabilidad y tranquilice su propia conciencia. Y permite canalizar contra un culpable toda la agresividad acumulada por el dolor. También sirve para dar una explicación a lo incomprensible. Así el discurso xenófobo, tan simple y meridiano en apariencia, seduce a todos los que no pueden o no quieren enfrentarse a la complejidad de los problemas sociales. Podríamos denominarlo la "tentación del pensamiento fácil". Y hablamos de tentación porque la frontera entre el "no puedo" y el "no quiero" es muy frágil.

El racismo como síntoma de una enfermedad

Ciertamente, muy poca gente se declara explícitamente racista. Pero lo preocupante es la falta de reacción colectiva ante las agresiones y discriminaciones raciales. Porque, en el fondo, hay colectivos como el de los inmigrantes magrebíes a los que la gente ya ha etiquetado definitivamente: por desconfianza innata, por miedo, por comodidad...

Es verdad que hay magrebíes, africanos, bosnios, rumanos, sudamericanos que roban o atracan, pero ¡cuántos otros sudan diez horas al día para que tengamos tomates frescos y a buen precio en nuestra nevera o rosas para regalar! Además, ante un magrebí que comete un delito, enseguida se desenfunda el argumento "global": "es que estos magrebíes...". Pero no pasa igual cuando el que comete el delito es de nuestra propia etnia. Entonces el argumento es otro: se aducen las causas sociales, económicas, psicológicas... El criminal debe ser neutralizado, la sociedad tiene derecho a protegerse de los que pisotean la libertad de los demás, pero conviene no dejarse llevar por aquella tentación del pensamiento fácil. El juicio simplista nos aleja de las personas, y también nos aleja de la posibilidad de entender el problema. Necesitamos urgentemente que se extienda socialmente esa actitud tan sana del "ponerse en la piel del otro".

El problema no se resuelve únicamente aumentando el nivel educativo de los ciudadanos. Hay cosas que no dependen tanto del nivel de estudios como del cultivo de ciertas actitudes vitales:

la predisposición a la comprensión, la "empatía" una cierta "com-pasión" con el que sufre, no asustarse ni rechazar al que es diferente... Como dice Inongo-vi-Makomé:

"Si el racismo es, como dicen, odio, hostilidad, desprecio y repugnancia hacia el prójimo, también lo es hacia uno mismo. Por ello, el rechazo a los africanos puede no deberse a su color ni a lo que hacen o han hecho, sino más bien a la frustración del poderoso que necesita desahogarse. [El africano] es el débil en ese momento y lugar"¹⁰

Así pues, el reciente aumento de grupos violentos, con ideología racista y xenófoba se debe a una miseria no tanto económica sino cultural y humana. Es lo que encontramos en algunos adolescentes de nuestros institutos. Sin muchos alicientes para salir del aburrimiento, sin grandes valores por los que valga la pena afrontar las dificultades de la vida, se encuentran de repente con un discurso simple y atractivo: argumentos convincentes, una estética bien definida, un grupo fuerte, unos enemigos claramente definidos... Es el caso también de los grupos de "hooligans" (seguidores radicales de un equipo de fútbol): su comportamiento cuando están en plena actividad tiene todos los elementos de una horda guerrera, y esto puede resultar tremendamente atractivo.

Pero el racismo es normalmente mucho más sutil, menos espectacular y explícito. Quizás la raíz oculta del racismo sea esa secreta necesidad de sentirse fuerte, de experimentarse como superior a otros, de encontrar razones para el orgullo y la prepotencia.

Lo cierto es que nuestro mundo es maravilloso para los fuertes, para los triunfadores, pero expulsa o destroza a los débiles. El occidente consumista y globalizado que se está construyendo a la "beautiful people" tiene en sus altares, pero esconde con vergüenza o conmiseración a sus víctimas: los más frágiles, los que salen "despedidos" fuera del maravilloso tiovivo. Un tiovivo que va demasiado rápido y al que no se pueden volver a subir.

Recuerdo haber asistido en Barcelona al juicio por robo contra un magrebí que apenas hablaba castellano. Se notaba perfectamente que el abogado (de oficio, por supuesto) era en el juicio la primera vez que dialogaba con su defendido. El acusado balbuceaba palabras en castellano, y manifiestamente había palabras de su abogado y de los jueces que no entendía. Lo indignante del caso es que no parecía que a nadie le importase este detalle.

Es en este contexto bien preciso en el que tenemos que hablar de la integración de los inmigrantes sub-saharianos. Cuando miles de jóvenes en la plenitud de su vida vienen buscando encontrar un lugar entre nosotros, no sólo "aprovechándose" de la riqueza que aquí existe, sino contribuyendo a crear dicha riqueza. Cuando estas personas expresan lo dura que es la sociedad europea, lo inhumana que es en muchos aspectos, están revelando aspectos bien reales, aunque no nos gusten. Porque ellos nos muestran la trastienda de los bellos escaparates, la basura detrás de las grandes superficies, la realidad de los calabozos detrás de las políticas de seguridad ciudadana.

¹⁰ "España y los negros africanos", La Llar del Llibre, Barcelona 1990, p. 159.

III) ALGUNAS PISTAS DE ACTUACIÓN

1. ¿ÁFRICA NECESITA DINERO... O ALGO MÁS QUE ESO?

La Europa colonial tenía muchas razones para preocuparse de lo que ocurría en sus colonias. Pero África está hoy demasiado exhausta, la violencia y la explotación la han dejado tan postrada que no interesa casi ni para ser explotada. Según decía un conocido economista, si esta noche África entera se hundiese bajo las aguas, mañana las bolsas de Wall Street y Tokio quizás no registrarían ningún movimiento, ni positivo ni negativo: ¡La participación de África en el comercio mundial es de un 1,5%¹¹!

Está claro que hay que seguir alentando a nuestros gobiernos a ser solidarios con el continente más pobre y postrado de la tierra. África necesita la solidaridad de nuestros países ricos, solidaridad tanto puntual (en casos de tragedias naturales, guerras, epidemias, hambrunas...) como estructural. Pero se requiere también, a la vez, una reflexión seria sobre los modelos y las teorías utilizadas para canalizar la ayuda internacional.

África ha recibido en las últimas décadas montañas de dinero en concepto de ayuda humanitaria. Sin embargo, los frutos y los resultados de esta ayuda no corresponden ni de lejos a las expectativas. Para unos, lo de África es simplemente cuestión de tiempo. Dirán que, en cierto sentido, África está como Europa en la Edad Media, y por tanto hay que esperar a que llegue a la Modernidad. En la misma línea, los economistas de la ortodoxia neoliberal nos dirán que, una vez que África efectúe su "despegue" capitalista, sólo le faltará adquirir la "velocidad de crucero" que les lleve hasta donde nosotros estamos (que es siempre el paradigma ideal).

Otros opinan exactamente lo contrario. No es que haya una única vía de tren y diferentes máquinas situadas en puntos diferentes. Lo que hay es una única máquina. El primero que se hace con el control de los mandos, obliga a los otros a ser sus servidores. Mientras África se esfuerce por entrar en un sistema que domina Occidente, está condenada a ser la sierva de Occidente. Los más radicales llegan a proponer el corte, la ruptura con un sistema desigual e injusto que cuando dice que destina millones en ayuda humanitaria, está de hecho chupando la sangre a las exangües economías africanas: es la denominada "teoría de la desconexión".

Para unos Occidente busca mantener África en la dependencia, para otros es África la que no se preocupa por desarrollarse, prefiriendo jugar el papel del mendigo arrogante que exige la ayuda invocando eternamente los agravios históricos recibidos.

Cito textualmente dos intervenciones de un debate del Seminario sobre la cooperación, como muestra de las perplejidades en que nos hayamos:

- Inongo: "¿Occidente nos puede ayudar en algo? Personalmente lo dudo, porque de alguna manera vive de nuestra miseria. En el terreno de la salud, sabemos que la bacteria a menudo acaba acostumbrándose al antibiótico, y entonces ésta ya no produce ningún efecto. Con África pasa algo parecido. Los cooperantes actuales me recuerdan a los primeros misioneros. La cooperación actual ciertamente alivia el sufrimiento del pueblo, pero esto resulta ser un bálsamo, y entonces la gente no reacciona ante las causas de sus males".

- Marià Guim: "El trabajo fundamental de las ONG's del Norte debe realizarse en el mismo Norte: trabajando en la concienciación de la sociedad civil, presionando (como "lobby") a los partidos y a los gobiernos para que exista un intercambio justo. Esto también lo tienen que hacer en el Sur las propias ONG's de allá, aunque sea más difícil. Quiero ser optimista, y

¹¹ Fuente: Antonio Santamaría "Las transformaciones de la economía", en "El África que viene", Intermón, Barcelona 1999, p. 145.

pensar que se pueden generar cambios en el Norte, y esto ayudará a que haya cambios en el Sur.

Probablemente todos tienen su parte de razón. La pregunta que surge, dada la complejidad y gravedad de los problemas, dada la mutua implicación de todos los factores, es la siguiente: ¿por dónde empezar? ¿Hay que cambiar primero las mentalidades? ¿Hay que cambiar los modelos de cooperación? ¿Hay que empezar por resolver la corrupción y la parálisis política? ¿Será la educación lo prioritario, o la salud? ¿El medio ambiente, o el desarrollo de la industria? ¿La potenciación de una clase media, o la presencia de África en los centros de decisión internacional?

En todo caso, una de las lecciones que se pueden sacar del pasado reciente es que toda ayuda pensada y gestionada según los criterios del Norte está condenada al fracaso. África necesita tiempo y espacio para encontrarse consigo misma. Mientras tanto, más que la cantidad de la ayuda, es urgente encontrar una ayuda de calidad, que promueva la toma de iniciativa de los propios africanos. Una ayuda que los respete en su manera de ser y pensar. Una ayuda que les devuelva la dignidad, la confianza en sí mismos.

También existen signos de esperanza: la reacción de la ciudadanía en favor de la condonación de la deuda externa ha sido un paso importante. Ahora bien, el problema de fondo no es el perdón de la deuda, sino que el sistema económico internacional es injusto.

Lo mismo sucede con las estancias de cooperación en África realizadas por jóvenes de aquí. Son experiencias profundamente positivas. Ahora bien, lo que realmente resultaría transformador sería que nuestra sociedad tuviese el tiempo y la valentía de escuchar lo que esos jóvenes dicen cuando vuelven de allá. Esto ayudaría a no quedarse sólo con la admiración hacia el cooperante, sino a meditar la siguiente cuestión: ¿por qué hay pueblos que tienen que vivir en la miseria, eternamente dependientes de las migajas que sobran de la mesa de los ricos?

Por otro lado, más allá del problema de la cantidad y la cualidad de la ayuda internacional, existen medidas quizás más sencillas y más eficaces para contribuir al desarrollo de África. España podría presionar a la Unión Europea para rebajar las barreras proteccionistas (aranceles y licencias de importación) que tenemos. Barreras que, en la práctica, impiden que muchos productos agrícolas del Tercer Mundo puedan llegar a nuestros mercados. Ciertamente hay que ayudar a nuestro propio sector agrícola, pero hay medidas que sacarían de la miseria a regiones enteras de África. Es un ejemplo de cómo, por la vía no de la limosna, sino de la justicia, se podría ayudar a un verdadero desarrollo económico del Sur, sobre bases sólidas. Por ello, una de las medidas urgentes propuestas por las Naciones Unidas es la de la apertura de los mercados mundiales, especialmente para las exportaciones agrícolas de África.

Apoyar a las organizaciones de inmigrantes

En primer lugar, convendría acabar con la psicosis de la “invasión”, que incluso el gobierno parece alentar. Es cierto que están llegando muchos inmigrantes a nuestras costas. Los diarios y la televisión nos lo recuerdan. Pero los extranjeros (poco más de un millón) representan en la actualidad el 2,65% de la población española. Además, hay que tener en cuenta que, de este millón de extranjeros, un buen porcentaje proviene de los países ricos¹². Es decir, que el número de inmigrantes magrebíes y africanos en España no es un problema en sí mismo.

En segundo lugar, si bien es necesario algún tipo de control de la inmigración, esto no significa criminalizar al que busca un trabajo en nuestras tierras. Es cierto que una llegada masiva de inmigrantes no es deseable, ni para los países de origen ni para el de destino. Pero

¹² Según los datos de la Dirección General de Policía, el 21/12/99 había en España 801.329 extranjeros. Esto representaría alrededor de un 2% de la población española. Habría que añadir las cifras recientes de las solicitudes de regularización hasta el 30 de julio: fueron 245.648. La suma de las dos cifras nos da 1.047.013.

una política basada en el control policial no es eficaz a largo plazo, además de no ser ética. El problema es mucho más complejo, y como tal debe ser tratado¹³.

Respecto de las organizaciones de inmigrantes, es evidente que éstas conocen mejor que nadie los problemas concretos a los que se enfrenta un inmigrante. Pueden ayudar a otros inmigrantes de una manera mucho más eficaz. Un ejemplo: la guía elaborada por las propias mujeres subsaharianas para que sus compañeras puedan "moverse" sin grandes traumas por nuestra sociedad y nuestras instituciones (escuelas, hospitales, etc.).

Más aún, algunos inmigrantes africanos en Europa se están constituyendo en verdaderos promotores del desarrollo de sus comunidades de origen. Una ONG de Marsella canaliza las ayudas económicas de los inmigrantes hacia sus países de origen. Los inmigrantes procedentes de una misma región de Marruecos ejemplo, han llevado a cabo un vasto proyecto de electrificación rural. En él han participado financieramente los inmigrantes, la propia ONG y subvenciones procedentes de la cooperación internacional. En Girona se está intentando aplicar esta misma idea. ¡Y cuántos malentendidos, dificultades de comunicación, picaresca se pueden ahorrar, al ser una ayuda entre hermanos que se conocen y saben cuáles son las prioridades reales!

2. EL TRABAJO A FAVOR DE LA INTEGRACIÓN

Nuestra sociedad, como la inmensa mayoría, es fruto de la fusión de muchas culturas diferentes. Además, en España se han dado movimientos migratorios muy importantes de una región a otra. Sin embargo, lo cierto es que no tenemos la experiencia que tienen otros países europeos en cuestión de acogida de inmigrantes de países del Sur. Hace tiempo que nos visitan extranjeros ricos como turistas, pero la llegada de un número importante de inmigrantes en busca de trabajo es relativamente reciente. Nuestros vecinos europeos, Francia, Alemania, Inglaterra tienen un porcentaje de población inmigrante mucho más importante que nosotros, y desde hace mucho más tiempo.

Pero todavía se oye decir que los españoles no son racistas, que por eso no tenemos partidos de extrema derecha. Ese tipo de discurso es completamente ilusorio. Si no se trabaja a favor de la integración, los problemas serán los mismos que en el resto de Europa. Pero, por otro lado, en nuestro país se puede aprovechar la experiencia de nuestros vecinos: aprender de sus aciertos y errores. Estamos a tiempo de poner en marcha estrategias políticas que permitan la plena integración de los inmigrantes, que les den la palabra y la posibilidad de contribuir al desarrollo y a la configuración futura de nuestra sociedad. Y, desde luego, con acciones como aquella de drogar y esposar a los inmigrantes sin papeles cuando se les mete en un avión para expulsarlos del país, por mucho que después se diga "teníamos un problema, y lo hemos resuelto" es ir en la dirección totalmente contraria.

Tender puentes

La manera de reaccionar ante el que viene de fuera, ante el que es diferente es muy reveladora de las lagunas y vacíos "en humanidad" de toda comunidad. Por eso, ayudar a un joven a descubrir que vale la pena interesarse por África pasa primero por ayudarle a descubrir el valor del otro, aunque ese otro sea el compañero que tiene al lado. Necesitamos abrir ventanas, desplegar antenas, levantar puentes entre nosotros mismos. Salir al encuentro del otro, que es diferente pero que me ofrece un tesoro de descubrimientos y aprendizajes.

¹³ En el momento en que se escribe este Cuaderno, el gobierno actual parece estar a punto de realizar una "contrareforma" de la ley que regula el fenómeno migratorio: es probable que la ley que salga del Parlamento vuelva al espíritu de la tristemente célebre "Ley de Extranjería".

Habría que empezar seguramente por abandonar el papel que se asigna a la mayoría de los ciudadanos: el de espectadores y consumidores. Personas que, en una situación pasiva y cómoda como la del sofá, y el mando a distancia en la mano, ven su libertad reducida a la elección entre los diferentes canales que otros han configurado. Se pierde la consciencia de cómo funciona la televisión, de quién paga los programas, de quién escoge las bellezas o miserias que aparecen. El simple deseo de entender por qué pasa lo que pasa, sin conformarse con un tópico puede clave.

En el terreno de las relaciones personales, conocer y darse a conocer a una persona nueva siempre supone un esfuerzo, un riesgo, y una duda sobre el resultado de la empresa. En cambio, una vez dado el paso, la ganancia es enorme. Esto parece simplón, pero no lo es tanto si descubrimos que el "problema de la inmigración" no existe: existen historias personales, itinerarios vitales. Personas que han buscado realizar su vida, encontrar la manera mejor de sobrevivir, escapar de la miseria, la guerra o la violación, cada cual con sus motivos y recursos personales, cada cual con sus propios éxitos y fracasos.

No basta con la tolerancia

Remei Sipi, ecuator-guineana y participante en nuestro Seminario, anima a las mujeres europeas y africanas a un enriquecimiento mutuo desde el respeto:

"Hemos de entrar en el mundo de la "otra" sin paternalismo, sin complejo, si no desde una sintonía de respeto para encontrar soluciones justas y equitativas para todas, porque hoy el grueso de las mujeres del sur nos encontramos en el grupo de los excluidos de la sociedad del bienestar. Este grupo se está ensanchando poco a poco como una mancha de aceite y muchas mujeres del norte están ahí. Creo que las preguntas de las mujeres del norte deberían ir por esta dirección: ¿cómo podemos aunar esfuerzos para vencer obstáculos comunes que nos afectan?"¹⁴

En muchos casos la tolerancia invocada como principio supremo no es más que un escudo. Se es tolerante porque se quiere mantener alejado al diferente: "Yo te tolero a ti, en tu comportamiento que ni entiendo ni me interesa. Te tolero (se sobreentiende que yo estoy y seguiré estando arriba y tu abajo) mientras no me molestes, mientras te quedes lejos de mí". El respeto es mucho más que la tolerancia.

La máxima expresión de lo que puede llegar a ser este tipo de tolerancia son los guetos, que, por cierto, como la delincuencia, existían mucho antes de la llegada de los inmigrantes africanos. Si los inmigrantes, por muchas causas que confluyen, acaban concentrándose en los guetos, está claro que no se producirá el encuentro que está en la base de la integración. Sin roce y convivencia no hay conocimiento mutuo, y sin conocimiento no puede haber respeto, que es algo muy superior y mucho mejor que la simple tolerancia.

Esto es importante: el problema de la integración es, en definitiva, un problema de convivencia. Nuestra sociedad se puede ahorrar mucho sufrimiento innecesario con una adecuada educación para la convivencia. Más aún, se trata de un verdadero enriquecimiento, de una ganancia en humanidad.

Repasando un poco la Historia, se hace difícil defender algo así como una "esencia" químicamente pura de la españolidad o de la catalanidad. Todas las culturas son hijas de la diversidad y del mestizaje, se han fraguado en el intercambio y en la transformación. Y precisamente la vitalidad de cada cultura depende de su capacidad de adaptación. Por eso, ni los africanos pueden volver a la autenticidad de la vida armónica del poblado, ni los europeos se pueden poner a defender la pureza de Occidente. Esto no quiere decir que aquí en Europa haya que volver a empezar de cero, ni que, en cuestión de culturas, todo es relativo. Existen muchos valores, muchas conquistas históricas que Europa debe amar y cultivar. Pero el reto

¹⁴ Remei Sipi, op. cit. p. 72

último sigue siendo el de construir espacios de humanidad en cada rincón de la tierra. Y en esa tarea nadie sobra: cada ciudadano, con sus riquezas culturales y humanas, aportará algo que otro no tiene.